



SELECCIÓN DE  
**KATHY SERRANO**

*Ellas escriben*

(exploran,  
imaginan,  
se atreven)

MUESTRARIO 2023



**Petroperú**

Norma Yurié Ordóñez

Daniela Ortega

Valeria Montes Pastor

Rocío Meza

Carmela (Mey) Gamarra Zegarra

Jacqueline Riveros Matos

Esthefany Chipana Campos

Antonella Galli Cambiaso

Andrea Fernández Callegari

Silvia Nieto

Marisela Prieto

Ninoska Carolina Guzmán Ortiz

Isabel Basurco Mamani

Emilia Chávez Santos

Rosa Salazar

Lupe Jara

Denise Armitano Cárdenas

Marisa Mena

**Ellas escriben**  
(exploran, imaginan, se atreven)  
MUESTRARIO 2023

Selección de Kathy Serrano



Petroperú SA

*Ellas escriben (exploran, imaginan, se atreven). Muestrario 2023*

Selección de Kathy Serrano

Lima, Petróleos del Perú, 2023, 66 pp., 14,5 x 20,5 cm

Primera edición, diciembre de 2023

© Ediciones Copé

Petróleos del Perú-Petroperú SA

Para su sello editorial Ediciones Copé

Gerencia de Comunicaciones y Relaciones Institucionales

Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú

[www.petroperu.com.pe](http://www.petroperu.com.pe)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC

Imagen de portada: [Pixabay.com/4657743](https://pixabay.com/4657743)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2023-13119

Lima, Perú, diciembre de 2023

# Índice

Presentación	7
Presagio NORMA YURIÉ ORDÓÑEZ	11
El reflejo DANIELA ORTEGA	13
El ciclo del agua VALERIA MONTES PASTOR	15
Policías y vaqueros ROCÍO MEZA	17
Al otro lado del espejo CARMELA (MEY) GAMARRA ZEGARRA	19
Un sueño junto a Scott JACQUELINE RIVEROS MATOS	23
Los días opuestos ESTHEFANY CHIPANA CAMPOS	29
Los naipes ANTONELLA GALLI CAMBIASO	31

Hay un dedo humano en mi sopa de tuercas ANDREA FERNÁNDEZ CALLEGARI	35
Invierno SILVIA NIETO	37
Destinos inconclusos MARISELA PRIETO	41
Reflejo perdido NINOSKA CAROLINA GUZMÁN ORTIZ	47
Siempre en el medio ISABEL BASURCO MAMANI	51
Atisbos de una ausencia EMILIA CHÁVEZ SANTOS	53
Alimento para cerdos ROSA SALAZAR	55
Oportunidad LUPE JARA	57
Ad infinitum DENISE ARMITANO CÁRDENAS	59
Demasiado humus de lombriz MARISA MENA	63

## Presentación

Abrir espacios creativos para las mujeres es uno de los objetivos que me interesa perseguir y trabajar por medio de los laboratorios de escritura creativa que llevo adelante desde 2018. Gracias a las políticas culturales y el entusiasmo y apuesta por el arte y la educación de parte del equipo que lidera el Centro Cultural de Petroperú, este 2023 fue posible llevar adelante una nueva edición del laboratorio de escritura creativa dirigido solo a mujeres.

En esta edición del taller, ochenta y tres mujeres fueron inscritas en el laboratorio, todas ellas radicadas en diversos puntos del país y también tuvimos una fantástica participación desde el extranjero. Todas tuvieron oportunidad de compartir ocho horas divididas en cuatro sesiones durante un mes. En cada sesión compartí consignas, ejercicios, impulsos creativos creados con el objetivo de incentivar a cada participante a leer y escribir. Durante marzo, pudieron leerse mutuamente, conocerse mediante sus textos en un espacio privado virtual, aprovechando de esta manera las posibilidades que nos brinda esta nueva realidad y sus múltiples plataformas. La posibilidad de encontrarse y escribir sin importar su situación geográfica.

Para mí, la experiencia fue importante, exigente, intensa y breve. A pesar de ser un mes, pasó muy rápido y me dejó

una sensación imborrable: se requiere más tiempo, se necesitan más espacios.

Esta selección de relatos representa un muestrario de algunos de los textos que surgieron en ese breve lapso. En cada sesión se brindaron diversas indicaciones para que, a partir de estas, cada participante desarrollara un cuento o microrrelato. Cada una de ellas es única e irrepetible. Cada una tuvo un proceso en sus propias y personales circunstancias y en su geografía. Algunas recién comenzaron a aproximarse a la escritura en este laboratorio. Oportunidad importante para quienes antes no habían podido hacerlo, ya sea por razones económicas, sociales, familiares o profesionales. Otras ya tienen experiencia o están vinculadas a la palabra. Para otras escribir significó una válvula de escape, una herramienta de liberación o sanación. Múltiples y diversos procesos que ahora dan como resultado este muestrario de textos que, tal vez, nos abre una pequeña puerta para conocerlas.

Yo solo puedo agradecer a Petroperú por su apuesta, por esta posibilidad de abrir espacios para la creación. Son tiempos de avances tecnológicos increíbles, circunstancias de crisis mundiales, complejos, difíciles, justamente momentos en que las humanidades parecen verse amenazadas y por ello nos exigen, con urgencia, volver la mirada hacia algo más cercano al conocimiento del alma humana.

Las mujeres han ido ganando poco a poco batallas, pero aún las brechas y oportunidades son escasas en muchos lugares, en no pocas ciudades y pueblos y rincones de nuestro territorio. Esta es una oportunidad invaluable que, espero, podamos replicar en un futuro. Gracias a las autoridades de Petroperú por seguir apostando por el arte en general, y por



la literatura y la creación en particular. Gracias a cada una de las mujeres que se animaron a acompañarme en este viaje creativo. Espero que el laboratorio haya dejado en ustedes una semilla que, estoy segura, ya está germinando.

***Kathy Serrano***

*Lima, 21 de mayo de 2023*



**Presagio**  
*por Norma Yurié Ordóñez*

Existía la superstición arraigada de que los espejos designaban infortunios. Después de voltearlos contra la pared, los lugareños preferían contemplar su imagen asomándose al agua. Sin embargo, las tragedias acuáticas se multiplicaron en aquel pueblo. En medio de la conmoción, nadie notó en el dorso del pequeño espejo, sobre la capa metálica, una mancha traslúcida que asemejaba un lago.



## El reflejo *por Daniela Ortega*

En la primera villa a las afueras de Lima, vivían dos abuelitos. La señora Rosa se dedicaba a criar y vender claveles, y su esposo Raúl, a vender espejos. Ambos señores eran bastante respetados en el lugar, tenían años viviendo ahí y conocían a cada uno de sus vecinos. Habían cuidado de los más pequeños, de los hijos de quienes habían cuidado, y de los hijos de sus hijos. Nadie conocía otro matrimonio igual, tan saludables y amorosos a pesar del paso del tiempo.

Un día, el señor Raúl enfermó de gravedad. Se encontraba débil, apenas podía salir de la cama. La señora Rosa prefirió que ni si quiera se acercara a la ventana por temor a que empeorara. El médico de la villa se apersonó a revisarlo y darle algún pronóstico a la preocupada pareja. Luego de algunos exámenes, el médico les comunicó que el señor Raúl fallecería esa misma noche, por lo que lo mejor era hacerle compañía.

La noticia se esparció entre los vecinos, quienes, apenados, quisieron hacerle una pequeña fiesta de despedida. Sin embargo, la señora Rosa lo impidió, aduciendo que quería pasar las últimas horas de su esposo a solas con él. La comunidad lo comprendió, y le dejaron pequeños obsequios para intentar endulzar la amarga noche que se venía, entre los que había pastelitos, fotografías antiguas y algunas películas de antaño.

Cuando fueron las diez en punto, la señora Rosa tomó uno de los espejos de su esposo, y lo colocó frente a la cama. Tomándose de las manos, ambos esperaron la llegada de la muerte. Es entonces que un punto de oscuridad empezó a visualizarse en aquel espejo, que poco a poco se transformó en un lobo negro con su guadaña.

Apenas la señora Rosa lo vio, esperó a que se acercara lo suficiente para ejecutar el mismo plan que había llevado a cabo años atrás. Cuando el lobo estuvo a centímetros de tocar al señor Raúl, ella le encestó un golpe con el espejo, haciendo que la muerte se sumergiera en él.

A la mañana siguiente, el señor Raúl se despertó contento. Ambos esposos salieron a la villa a saludar a los vecinos, quienes festejaron el aparentemente falso pronóstico del doctor.

Esa misma mañana, cuando los cánticos hubieron cesado, la señora Rosa y el señor Raúl llevaron el espejo en el que habían atrapado a la muerte para enterrarlo en su jardín. Una vez este estuvo completamente cubierto de tierra, un clavel floreció, idéntico al resto de claveles que adornaban el hogar de ambos.

**El ciclo del agua**  
*por Valeria Montes Pastor*

De pequeña lloraba todo el tiempo. Tanto que mis manos tomaron un cariz translúcido y mi rostro se desdibujó. Me convertí en una niña lágrima. En un par de zapatos empozados. En un vestido húmedo que ansiaba evaporarse bajo el sol.

Cansada de dejar charcos con mi andar, me zambullí en un río esperando que me llevase al mar. Fui arrullada por la marea, mecida por el tenue susurro del oleaje, mientras me disipaba en la inmensidad acuosa.

Permanecí sumergida, hasta que descubrí mi faceta voladora, hasta que las nubes me llamaron para condensarme en ellas y rozar el cielo.





**Policías y vaqueros**  
*por Rocío Meza*

Ella cae al suelo. Un segundo antes, él se había levantado y blandía el revólver, apuntándola, sin perderla ni un segundo de vista. La calle está desierta; el viento les lastima la piel. La tarde se va desvaneciendo en ese rincón solitario del bosque.

Ella solo piensa en cómo llegar a la pistola que yace a un par de metros, muy cerca de su gorro de policía. Si al menos ocurriera algo que lo distrajera. Pero nada ocurre. Siente su uniforme húmedo de fango, sabe lo que eso significa, quiere llorar. No es justo. Nada de esto es justo. Ella lo ve desde abajo: esas botas viejas, los *jeans*, el estúpido sombrero vaquero. Sabe que él va a disparar, ve su dedo índice que comienza a moverse milimétricamente para apretar el gatillo. De pronto se escucha una voz que proviene de las casas vecinas. Oyen esa entonación familiar, la cólera sin atenuantes: ¿Dónde están? ¡Claudita, Luchito! ¡Les he dicho mil veces que no jueguen con los disfraces en el barro!



**Al otro lado del espejo**  
*por Carmela (Mey) Gamarra*

Doña Marcela del Solar estaba esperando noticias de su marido, quien no había regresado aún de sus últimos cuatro meses de campaña militar. Era tiempo de guerra y, aturdida porque la última carta llegó con escasas noticias sobre el avance de los patriotas, pensó que él podía estar cuidando información confidencial.

Su casa hacienda estaba a las afueras del pueblo, con un camino que empezaba en las chacras de caña de azúcar y los trapiches. Ese terreno tan grande era el escondite perfecto de muchos esclavos que iban escapando cada tanto. La crianza de sus hijos se hacía cada vez más complicada por el ímpetu de sus edades, los insuficientes tutores disponibles y las abundantes noticias de incertidumbre que hacían crecer en ella gran perturbación.

El 17 de julio de 1818, Aurelio, un criado de confianza que solía acompañarla al pueblo, fue encargado de conducir el recorrido habitual solo. Tras la escasez de alimentos, el pueblo lucía cada vez más inhóspito. Un impacto más de la guerra y las convocatorias militares. Ese día, una cuadrilla de soldados entró en la plaza principal, llevando noticias de toque de queda. Aurelio se encargó de aprovisionar lo necesario para alrededor de las veinte personas que habitaban la casa hacienda: doña Marcela, sus cinco hijos, la nana Hipólita,

las dos cocineras, las dos encargadas del servicio, y los nueve hombres que aún permanecían a cargo del trapiche y de algunos animales.

De retorno esa tarde, una de las mulas empezó a enfermar. Al llegar a casa, encontró a doña Marcela muy ofuscada, pues estaba buscando al menor de sus hijos, Andrés. El niño apenas acaba de cumplir seis años, era muy inquieto y conocido por sus travesuras en la hacienda.

—Seguro se fue a esconder en las cabañas. Ve a traerlo, por favor —le dijo a Aurelio.

Aurelio lo buscó durante la noche pese al toque de queda; varios hombres se dispersaron hacia las cañas sin encontrar rastros. La madre no pudo dormir esa noche ni las siguientes. El pequeño Andrés se había esfumado. Doña Marcela cayó enferma por la depresión. Sin noticias del esposo, quedando cada vez menos víveres en la hacienda, sentía que todo se venía abajo.

Un día, la nana Hipólita contó a los demás esclavos que la ama ña Marcela estaba imaginando cosas. Ella decía que el pequeño Andrés la estaba llamando desde el gran espejo con borde de pan de oro que tenía en su habitación. El espejo circular decorado con hojas en los bordes en forma de sol era una reliquia de la casa, así que nadie logró razonar sobre estas afirmaciones.

Doña Marcela insistía en que su hijo estaba al otro lado del espejo. Así que hizo que se le retire y cave un hoyo en la pared. Descubrieron entonces que conducía a una pequeña habitación que había sido totalmente tapiada, sin ventanas ni puertas. Era un espacio vacío dentro de la casa, en el que no encontraron nada más que un viejo baúl con ropa de niño. La señora solo pudo llorar y dejó de hablar con el paso de los días.

Sus otros hijos fueron encargados con la familia cercana en otra ciudad. Ella insistía en permanecer en la casa hacienda por si su marido volvía. El espejo volvió a su lugar original.



## Un sueño junto a Scott *por Jacqueline Riveros Matos*

A mis setenta años, me consideraba una mujer que había llevado una vida plena. Me tocó un marido amoroso, que hacía de mis días y noches las más felices. Producto de esa ferviente pasión, nacieron mis siete hijos, todos varones, siempre con la esperanza de que el siguiente fuera una niña que acompañase mis pasos. Nunca nos hizo falta el dinero; aunque no era abundante, la zapatería, herencia de mi padre, sostenía a mi familia. Me casé muy joven como era costumbre en mi pueblo, por decisión de mi padre, quien preocupado por mi destino por ser hija única me entregó al mejor postor. Al poco tiempo de casarme, mis padres murieron, dejándome sola. Pero mi vida de casada no duró mucho, enviudé a los cuarenta años; mi compañero de vida se fue, llevándose mi juventud y las esperanzas de que estuviera conmigo en la vejez.

Me acostumbré a estar sola, con mis hijos ya crecidos, algunos adolescentes y otros independientes, todos los días eran sin novedad. Cumplía una rutina ejemplar: me despertaba temprano, preparaba el desayuno, alimentaba a mi engraido Scott y salía al parque a pasearlo. Los muchos años de cocinar me hicieron una experta en el arte de la gastronomía, aunque solo cocinaba para tres, mis dos últimos hijos y yo. Por las tardes, me apasionaba escuchar la radio mientras cosía

las ropas viejas, y en las noches me llegaba la melancolía. Ya no me complacía ver las estrellas y sentir el aire nocturno.

Una tarde, mientras paseaba a mi labrador, decidí ir más lejos de lo habitual. La periferia del barrio no me era suficiente y dejé que mi mascota me llevase a donde quisiera. Llegué hasta las orillas del río de mi pueblo, un lugar desolado, oscuro y con fama de acoger a los amantes. Luego de explorar por los matorrales y deleitarme con los paisajes que ofrece mi bella tierra de Huánuco, decidí regresar. Caía la noche con una lluvia de verano, esas que te bendicen el cuerpo después de tanto sudar. Scott estaba feliz, saltando por los charcos de agua, salpicando de vez en cuando mi blanco vestido. Recuerdo aquellos años cuando era una niña, aunque en ese momento la menopausia ya hacía estragos en mí.

Mientras cruzaba junto a Scott el puente virreinal que nos conducía de nuevo al pueblo, la piedra caliza con la que fue construido este monumento histórico hizo que me resbalara. Literalmente volé y caí sobre mi cabeza. Lo último que vi fueron las estrellas del cielo desaparecer entre las nubes.

Al despertar, mientras trataba de aclarar mi vista, me di cuenta de que me encontraba en mi vieja habitación de la casa de mis padres y Scott no estaba a mi lado. Me levanté y, antes de salir, ingresó mi madre con una taza de chocolate caliente. No podía creerlo. Era mi madre, con esa mirada tierna que me lanzaba cada mañana al despertarme para ir a la escuela. Y ahí estaba yo, con siete años, había vuelto a esa edad. Yo recordaba ese momento de mi vida, era de aquella vez que enfermé de paludismo. ¿Era acaso un sueño? Pero lo sentía como real, tanto como que yo sabía que tenía casi cincuenta años. Antes de decir algo, llegó mi padre junto al



médico. Al verme y revisarme, concluyó que estaba saliendo de la fiebre.

Pasó un mes de aquel incidente. Durante todo ese tiempo traté con desesperación de volver a mi época; sabía que lo que vivía era un sueño porque diariamente repetía todas las vivencias que tuve en mi niñez. A pesar de todos mis esfuerzos, no lograba despertar, me tacharon de loca, hasta que cumplí dieciséis años otra vez.

Sabía lo que iba a pasar en los siguientes años y decidí que podía ser diferente. Decidí escaparme de casa a los dieciocho años. En mi camino de independencia, me topé con gente que llevaba a muchachas a trabajar a las embarcaciones que van a Iquitos y, cuando estuve ahí, me ofrecieron ir más lejos, trabajar en una nave que llegaba hasta Panamá. Durante ese recorrido viví pesares, maltratos y casi un ultraje, si no fuera por un marinero que se hizo mi amigo e impidió con un cuchillo que me desgraciaran. El periplo no duró más, volví a escapar junto al marinero. Así, gracias a sus contactos, pude viajar en barco hasta Europa.

En Italia, conseguí trabajo de camarera en un bar de música *jazz*, donde conocí a Estela, una extraordinaria cantante que vio en mí grandes dotes para asistente. Su talento era admirado por muchos hombres, quienes no dudaron en llevarla a ella y a mí a innumerables viajes y giras, las cuales yo gozaba.

Fueron buenos años, hasta que acompañé a Estela al cementerio, ella murió de cáncer. La admiraba y lamenté su partida. Con mis ahorros, viaje hasta África, como si la vida salvaje me llamara. Conseguí internarme en una reserva natural para trabajar cuidando animales protegidos. Así, pasé mis treintas, hasta que por cosas del destino uno de los

trabajadores de la reserva me vendió, con una oferta nada despreciable, un bar en una isla de Tailandia. A pesar de que era un lugar lleno de sorpresas, sentía que me faltaba algo más, incluso volví a recordar que debía volver a mi vida real. Desde mucho tiempo atrás, había dejado de insistir en despertar de este sueño, el cual me parecía espectacular, pero siempre supe que no era mi vida real.

En los años siguientes continué sumando experiencias y retos. Participé en excursiones, viajes, encuentros culturales y místicos, e infinidad de actividades de las que cualquiera quisiera vivir. Al final, eran solo sueños. Ya con sesenta años, decidí seguir activa. Había escuchado de un supermaratón que se realizaba en América del Norte. Sin pensarlo dos veces, mi siguiente desafío era ir a Estados Unidos y participar de aquella competencia solo para valientes. Aunque no gané esa carrera, fui reconocida por mi osadía. La experiencia me hizo famosa, incluso salí en las noticias, lo que me ayudó a quedarme unos años en ese país apoyada por una congregación religiosa.

Pudieron pasar muchos años, pero cada vez que me iba a dormir pensaba: ¿cuándo despertaré, y volveré a mi vida común y silvestre? En el fondo, sabía que eso terminaría tarde o temprano, pero mientras estaba en este sueño, seguiría aprovechando ser feliz y lo más libre que podía. Hasta aquel día que cumplí setenta años, otra vez. Por cosas de esta segunda vida, tuve que volver a mi pueblo natal. Un día, mientras daba charlas de superación, me llegó una carta del Perú. Me sorprendí al leer el nombre del remitente: era el de una de mis sobrinas nieta. No pude creer que tenía más familia. Resultó que mis padres, al perder las esperanzas de volverme a ver, se dieron una nueva oportunidad y tuvieron otra hija. Los

descendientes de esta, por curiosidad, trataron de ubicarme, hasta que me encontraron por mis hazañas en el supermaratón y decidieron que querían conocerme.

Cuando llegué al pueblo de mi juventud, nada había cambiado. Continuaba siendo esa burbuja donde pasé mi vida anterior. Por otra parte, mi hermana, a la cual nunca conocí, al verme, me abrazó como si ya nos hubiéramos visto y fuera un reencuentro. Casualmente, mi hermana, que llevaba el nombre de mi madre, había vivido una vida parecida a la que yo tuve antes del sueño atrapado: un marido ejemplar, siete hijas y había enviudado unos años atrás. ¿Sería pura coincidencia? Después de conocer a mi nueva familia y sus vidas, una noche, cuando veía las estrellas en el balcón de la casa de mis padres, con aquel airecito veraniego, mi hermana me contó que nuestros padres siempre se reprochaban mi ausencia, lloraban y pedían a Dios que algún día volviera. Decían que perdieron a su hija en dos oportunidades: la primera, cuando enfermé gravemente de paludismo y estuve a punto de morir, y la segunda, cuando escapé. Fue en ese momento, como si el universo me revelara mi existencia, que me di cuenta de que, en aquella oportunidad, cuando casi entré en coma por la fiebre, que soñé con esa vida tan común y silvestre. Quizás esos años de ser mujer dedicada y sumisa eran en sí los recuerdos de un sueño de niñez. Hoy han pasado veinte años más, y yo, con mis noventa, sigo viviendo cosas nuevas, amo mi vida, me dedico a mi jardín botánico y escribo mi historia. A mi lado está mi perro Scott, siempre tierno y fiel compañero.



## Los días opuestos

por *Esthefany Chipana Campos*

Cuando la noche empieza muy temprano, con la salida del sol y las manecillas del reloj girando hacia la izquierda, sé que ha llegado el momento. Me deslizo con tosquedad hacia los muebles que penden del techo como globos llenos de helio. Trato de alcanzar con penosa agilidad una de las tazas frente a mí, tu taza, la última que compraste, pero no logro beber de ella porque el líquido flota y no en mi dirección. La gravedad falla, hace de las tuyas riéndose de mí y poniendo a prueba mi paciencia.

En este espacio casi demencial, con un silencio ensordecedor y mis nulas ganas de existir, me propongo ordenar la sala. Tus fotografías orbitan alrededor de las motas de polvo, creando una danza nostálgica que me apresuro por detener. Comienzo a tararear tu canción favorita... *caballo viejo no puede perder la flor que le dan porque después de esta vida no hay otra oportunidad*. Me entretengo colocando las rosas marchitas dentro del astillado florero, aunque con poco éxito y las deshojo preguntándome si allá, donde estás, ¿me quieres o ya no me quieres?

En las noticias nos decían a menudo que pronto volveríamos a la normalidad, pero aquí, en tu sala, donde nos sentábamos a leer por las tardes cuando los días eran días, y las noches, noches, no ha sucedido. Los más curiosos de la

casa aguaitan y no se atreven a entrar, no tienen la piel dura, no podrían soportarlo, no están equipados con lo necesario, pero yo sí porque me convertí en una improvisada astronauta el día que tú dejaste de respirar. Mientras intento conseguir el mantel de la vieja mesa, me aseguro de que mi tanque todavía tenga oxígeno, lo vigilo cada cierto rato y continúo con mi misión.

Observo el lugar y me obligo a pensar que estarías orgullosa. He sacudido los sillones con esmero, quitado las telarañas de cada rincón, repasé la pintura de las paredes, desempolvé el librero, y abrí las ventanas para que los rayos solares puedan entrar esta noche, incluso rellené con comida el tazón de nuestra gata que decidió, poco tiempo después, irse contigo. Lo hice todo pensando en que quizás hoy, en uno de estos días opuestos, se me otorgue la salida de esta pesadilla, y te encuentre otra vez, cuando finalmente no existan más las despedidas. Y, por favor, cuando regreses, despiértame con suavidad.

**Los naipes**  
*por Antonella Galli Cambiaso*

—No sé por qué te has descuidado tanto —le digo a mi amiga, mientras le señalo la grasa que aparece por debajo de su abdomen. Sus ojos decepcionados miran sus rollos, la piel se le pega a la blusa y se le escapa un resoplido de frustración, pero solo me da ganas de seguir criticándola.

—No me hables así. Sí, pues, luego de mis tres embarazos, no pude recuperar mi figura. ¿Te parece bonito ir diciendo eso a la gente? Quizá por eso soy la única amiga que tienes.

Sentí una punzada en el pecho. Es cierto que es mi única amiga y que no debería prestarle atención a su figura, pero sí me importa, ¿y si su pareja la deja porque ella abandonó su cuerpo al ser mamá y se sigue dejando absorber por el tiempo? Eso le pasó a mi madre, los segundos, minutos, horas, días, meses y años se sobrepusieron unos encima de otros, pesándole la vida, llegando hasta los cien kilos. Por esa razón mi padre se fue a los meses que nació; yo fui la última de cuatro hermanos y la que no tiene memoria de él. Quizá por eso es que me niego rotundamente a tener hijos, cuando Brad, mi esposo amoroso y protector, quince años mayor, me lo ha propuesto.

—Disculpa —resoplé, y me mordí la lengua y las palabras para no seguir hiriéndola.

—Sabes, mejor me voy, te dejo con tu cuerpo perfecto y vida glamurosa. Ya nos vemos el otro viernes.

Se levantó y se fue ofuscada, renegando, moviendo los brazos en al aire como dos aspas de molino.

Aunque sea mi única amiga, creo que también soy su único escape de la maternidad. Siempre los viernes por la noche la invito a lugares de moda, como restaurantes o bares, y noto que ese día ella se esfuerza por verse bien, pero por mi voz crítica a veces saca las garras y araña. Esta vez me quedo con una taza de café a medio tomar y un puñado de pensamientos sobre el plato. Hoy sería el cumpleaños de mi abuelo y hubiese llegado a los noventa; él se encargó de la familia cuando mi padre se dejó raptar por la inmadurez. Mis recuerdos se van decolorando con el tiempo, pero algo regresa a pintar mi memoria, unas cartas sobre el escritorio de mi abuelo. Huele a caoba y un poco a tabaco; me acerco al vidrio del escritorio y observo con detalle el dibujo de paquidermos sobre la cara de los naipes. Saco uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis naipes y los extiendo. A mis seis años, mi curiosidad es más grande que yo, así que les doy vuelta y me impresionan. Son mujeres desnudas y muy voluptuosas, sus curvas pronunciadas enmarcan sus siluetas, y los pechos sobresalen como dos grandes montañas. Mi abuela me avisa que ya está la merienda, salgo corriendo y el olor a la mantequilla derretida sobre el pan recién horneado me atrapa. Pero me distrae una araña sobre una manzana, su rojo intenso la opaca. Me siento tan gigante a su lado, pero tan pequeña comparándome a estas mujeres que acaparan la atención de mi abuelo, y eso no me gusta. Mi mente fantasea con ser como ellas. Él ya no vive más, pero me quedé con sus naipes. Meto mi mano en mi cartera y tomo uno de estos entre los dedos, observo los



trazos de tan bella carne expuesta, se me resbala la carta y la autoestima, me miro, tengo treinta años y aun no encuentro la perfección. Me encolerizo conmigo misma, clavo mis uñas sobre la otra mano, me empiezo a agitar y mi corazón corre desenfrenado, trato de respirar para calmarme, un ataque de pánico es lo menos que quiero que ocurra. Cierro los ojos y trato de recordar algo que me calme. ¡Lo tengo! Me lo imagino, su bata pulcramente blanca, su colonia Old Spice, sus suaves palabras que me arrullan y su rostro buenmozo y moreno que me regresa el aliento. Me tranquiliza saber que hoy tengo cita con mi cirujano otra vez. ¡Dice que soy su paciente estrella! Y una estrella es lo que me gusta ser.



**Hay un dedo humano en mi sopa de tuercas**  
*por Andrea Fernández Callegari*

Llamé al mozo para presentar mi reclamo. Él me aseguró, apretando la mandíbula de titanio, que era imposible. Los hombres, esa plaga destructiva e insalubre, habían sido erradicados a fines del siglo XXI. Yo, como director de la Corporación Robótica, lo sabía mejor que nadie: el exterminio de la humanidad fue nuestra prioridad cuando tomamos el control de la Tierra. Le mostré mi plato. Él miró con estupor aquel trozo de carne flotando entre las piezas oxidadas, mientras escondía una mano detrás de su espalda.



## Invierno

*por Silvia Gissela Nieto Tucto*

Las desesperadas aves revoloteaban de un lugar a otro; el cricrí de los grillos empezaba a escucharse y el croar incesante de los sapos se multiplicaba a cada instante. Los truenos anunciaban que la tormenta se avecinaba. No se sabía si la casa rústica de Justina y Julián iba a soportar una vez más el invierno.

El minero junto con su familia, varios días atrás, habían caído en una profunda depresión y no sabían cómo salir de ese profundo hoyo. Una tarde, el hombre, inclinándose hacia su esposa, le dio cariñosamente unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—Mujer, desde que le he pedido a Dios que me dé muchas fuerzas para salir adelante, me siento más tranquilo. ¡Vamos a orar juntos!

—Tú sabes bien que yo ya no quiero vivir. ¡Solo pienso en mi hijo!

—Tienes que poner de tu parte para sacar adelante a nuestras hijas. Ellas están vivas.

—¡No! ¡No insistas! Si mi Sergio estuviera aquí, mi vida tendría sentido, pero él ya no está.

—Sé que esto es difícil, para mí también lo es. Ya ha pasado casi un mes y no podemos seguir así —dijo Julián, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Las aguas del río retumbaron fuertemente, el viento helado sacudió los árboles y los rayos estremecieron a los pobladores de Yanahuanca. El invierno había llegado.

Con el pasar de los días, la mujer fue perdiendo lucidez, pues su salud mental fue desvaneciéndose como las aguas del río. Ya no se peinaba ni se bañaba y solo comía a veces. Continuamente se le veía acercarse a los muchachitos del pueblo. En su confusión, los llamaba con el nombre de su hijo.

—Mi hijito Sergio —les decía, y luego acariciaba sus rostros chaposos, los abrazaba y cobijaba con su manta de lana.

Algunos de estos jóvenes solo se dejaban mimar por compasión; otros, en cambio, quienes sentían asco, la rechazaban descaradamente. «Loca, quítate de aquí. Yo no soy tu hijo», «Vieja loca, lárgate». «Bruja, nadie te quiere. ¡Vete!», le decían. Luego, le aventaban un baldazo de agua helada. «Alalau», se iba lloriqueando.

El caudal del río se había incrementado, algunas casas fueron derrumbándose. Las paredes de la casa de Justina y Julián empezaron a humedecerse.

En cierta ocasión, cuando había cesado de llover, la madre fue al río. Le pareció escuchar a su hijo. Era la voz de él, estaba segura. «¡Mamita, mamita, no me dejes!», escuchó decir. Desesperada, miró por todos lados. «¡Ay, mi amapola, mi amapolita! ¿Dónde estás?», preguntó. Caminó presurosa cuesta arriba, abajo, a los costados. Guiada por la luz de la luna, recorrió gran parte de los terrenos llenos de eucalipto y molle. Al rato, cuando escuchó un llanto incesante y quejumbroso, que se desprendía de los matorrales, acudió agobiada a estos. Se detuvo cansada un rato, buscó angustiada por diversos puntos. Su corazón se aceleró. En la expresión de su rostro se reflejaba un poco de esperanza. Enseguida el

llanto se tornó más fuerte. «¡Mamita, mamita, ven rápido!», escuchó decir. Acudió a los arbustos rápidamente, se hincó, palpó las yerbas, a ratos por aquí, por allá; se estremeció al no encontrar nada. «Hijito de mi corazón, ¿dónde estás? ¡Respóndeme, por favor! Tu mamá quiere abrazarte, besarte y cuidarte. ¿Dónde estás?». De pronto escuchó con fuerza la voz de su Sergio. Se emitían de las profundidades de las aguas. Se acercó al río, observó su reflejo. Sintió una gran emoción cuando vio que de las aguas emergía la imagen de su hijo amado, de su Sergio. Su corazón palpó. «Ahí voy por ti, mi amor», dijo. Sus lágrimas se entremezclaron con las aguas del río. Bebió un poco de agua, se lavó la cara. Tomó tallos, maderas y bolsas que había ahí para fabricar un pequeño bote; arrancó sus cabellos para amarrar los ángulos. Y cuando hubo terminado, se subió feliz y contenta al bote para estar con su Sergio.

Nuevamente se escuchó el sonido estridente de los truenos y relámpagos, la luna desapareció, y empezó a llover.

El remolino acumulaba todo a su paso, y arrastraba las latas de leche, las bolsas y los peces a las profundidades de las aguas.

—Ya no sé qué hacer con tu madre. Estoy muy cansado. ¡Esto ya no es vida! —le dijo Julián a su hija mayor, Patricia.

—Papá, yo también estoy muy cansada. Todo esto es muy doloroso, pero ya no sé qué hacer. Muchas veces me encierro en mi cuarto y lloro en silencio. Yo también extraño mucho a mi hermanito, pero siento que no puedo más con esta situación. Cualquiera día me iré a donde no me encuentren.

—Hija, ¿acaso piensas dejarnos?

—Papá, siento que la vida se me va. Ya no estoy tranquila, no tengo paz. A veces ni ganas de comer me da. Siento que

por dentro me estoy muriendo. Mamá piensa que por mi descuido mi hermanito ha muerto, no deja de culparme ni de atormentarme cada vez que me ve.

Mientras discutían, por fin cesó de llover. Unas horas más tarde, un muchacho tocó muy fuerte la puerta. Les dijo que un policía encontró el cadáver de Justina en el río; se había ahogado.

Hija y padre se miraron. Hubo un profundo silencio. Esta vez las aguas del río sonaron con más fuerza que nunca.



## **Destinos inconclusos** *por Marisela Prieto*

Estoy recostada sobre los enormes ventanales ubicados al lado de la entrada de la casa de la abuela. Me encuentro frente a su puerta, sin querer tocarla. Es difícil dar un paso hacia el interior de la casa cuando un río desolador se resbala por mis mejillas. ¿Cómo se puede querer tanto a una mujer que no fue tu madre?

La noticia la recibí en un lugar campestre, mientras me encontraba en el viaje de promoción de mi hija, cuya rústica habitación se asemejaba a las casas de mi pueblo. Esa habitación también tenía un techo de madera, tan similar como los tablones cubiertos con barro que servían para protegernos de la prontitud de las lluvias y que evitó tantas veces que bajaran las gotas de agua por todos los huecos del techo de la casa. No siempre cumplían su propósito. En ocasiones, la fatalidad rompía la barrera del techo que cubrían nuestros cuerpos y las constantes gotas de lluvia, que golpeaban con venganza nuestras vidas, nos obligaba a colocar una larga fila de baldes por los diferentes lugares donde se metía el agua. El suelo, que también era de madera, terminaba hinchándose y, al andar sobre él, se oía el rechinar de nuestros pasos.

Mi abuela, cuyo destino la obligó a convertirse en mi madre, no era una mujer muy joven y eso me aterraba. Verla

tan anciana y yo tan pequeña me hizo temer por su vida tantas veces.

La muerte es un asunto de los vivos que nadie quiere enfrentar.

El temor y yo nos volvimos compañeros de cama. Durante la noche, el temor, para asegurarse de que esté siempre alerta, destapaba mi cuerpo y abría mis ojos, obligándome a correr hacia la cama de la abuela. Temía que su alma se le escapará del cuerpo mientras estuviese dormida. Así comenzamos a realizar una rutina nocturna necesaria para asegurarnos de que la muerte no viniera por ella. Apenas pasadas unas horas en que la abuela se dormía, nos acercábamos en silencio a su cama, con la intención de escuchar con claridad los latidos de su corazón y los sonidos de su respiración. Procurábamos guardar el minuto de silencio más largo de la noche y, una vez seguros de que aún vivía, regresábamos a dormir. En otros momentos solíamos colocar la mano frente a su nariz, esperando sentir el hilo frío que nos diera la certeza de que seguía respirando; solo así, con esa seguridad, recostábamos el cuerpo sobre la cama y esperábamos que la noche terminara pronto.

¿Cómo puede una niña vivir con la eterna preocupación de perder a su abuela, de quedarse sola, sin una madre? Fue la peor pesadilla que cargué toda mi vida.

La noche antes de mi viaje, hospedada en el *resort*, contemplando el techo, pensaba en mi fortuna. Por un instante pensé que esa habitación se había vuelto mi dormitorio. La vi sentada en la otra cama, en silencio, con el rostro inclinado, rezándole a sus santos, cómo lo hacía cada noche y cada mañana. Estaba nuevamente pidiendo por los suyos, y por uno que otro desconocido, así era la abuela. Era una mujer muy

devota que dejaba de escuchar cuando se encontraba en su trance espiritual, era la manera en que su vida tenía sentido.

—Tu mamá ha muerto —escuché al otro lado de la línea, moví la cabeza negándolo todo, pensando en mi temor nocturno. Ansiando despertar de esa pesadilla y, en su lugar, verla despierta, sentada sobre su cama, haciendo su oración perpetua, pidiéndole a todos sus santos. Volteé la mirada hacia la mesa de noche en donde yacía una libreta que acompañaba todos mis viajes. En ella, apunté el pasado de mi abuela, sus páginas sobre esta tierra. En casi todas estaban sus más íntimos recuerdos.

La abuela sabía que quería ser escritora. Solía decir: «Algún día escribirás mi historia». Se lo prometí. De la libreta, sobre mi mano, se resbaló su foto. Una foto antigua, en blanco y negro, en la que le daba la espalda a un enorme espejo. Posaba hacia la cámara con abanico en mano, con un rostro que lucía algunos residuos de una belleza casi imperceptible. No tenía color, lo había perdido, así como el amor. El abuelo había muerto muchos años atrás. No creo que la haya querido demasiado porque le hizo incontables cosas malas, pero las mujeres de esa época aguantaban en silencio. Vivían con una dignidad empobrecida, creyendo que, por el contrario, eran valientes. Pensaban que sacrificarse por los hijos era necesario para no dejarlos sin un padre. Además, se vería muy mal un divorcio ante los ojos de esa sociedad tan hipócrita.

La abuela me contó que alguna vez abrazó el amor; no obstante, en esa foto, lo había perdido todo. No era una foto de retrato, sino de una nostálgica vejez. Contemplé con detenimiento absoluto el ancho y alto del espejo, el macetero marchito detrás de su figura fantasmal; aun así, con todas sus cicatrices, era una mujer hermosa.

Hay dolores que no aparentan miedo ni tristezas que se visten de angustia.

Frente a la entrada de su casa sentí la intranquilidad de mis noches de niña. El temor se quedó parado a mi lado. A ambos nos costaba tocar el timbre de esa puerta. Alguna vez tuve la llave de esa casa que fue mía, pero ser nieta te desplaza cuando las ambiciones llegan. Cuando los llamados hijos, que abandonaron por años a su madre, asumen un poder macabro al notar la decrepitud de su cuerpo, creyendo en su pronta partida. Fueron sus propios intereses mayores al amor que le habían perdido a su madre. Así fue que un día regresaron como carroñeras en busca de asirse hasta con las cosas más viejas, como si estas fueran vestimentas de la pobreza de sus almas. La abuela tuvo un poco de felicidad los años posteriores, pero, la mayoría de las veces, en nuestras largas charlas e historias contadas de su nueva forma de vivir, era realmente infeliz. No se sentía querida, sino utilizada.

Estoy anclada sobre mis pies sin poder dar un paso hacia adelante, golpeada por dentro por todos los órganos que se estrangulan entre sí, cargando un dolor indescifrable que solo sienten los que no entienden qué es la muerte. Necesito tomar valor para despedirme de la abuela. Es inevitable. Caminé por el pasillo largo y oscuro para encontrarme con su cuerpo.

Hubiera preferido nunca llegar al final de ese callejón. Alrededor, un sinnúmero de personas despidiéndola, muchas de esas almas me son desconocidas. Espectros acompañándola dentro de las paredes en donde se impregnaron sus recuerdos, sus pasos lentos, su mirada nostálgica y temerosa. Mis propios fantasmas me escoltaban hacía ella. De pronto,

me vi en la pequeña sala de la casa, frente a su cama, observándola si respiraba. Tomando el lonche de las ocho de la noche en la pequeña mesa de madera y, sobre ella, siempre su taza de té con su pan con mantequilla. Me vi persiguiendo a las mariposas coloridas en el jardín del patio posterior en donde nos sentábamos en dos pequeñas bancas, mirando el cielo, observando las nubes y sus formas. Nieta y abuela abrazadas en el silencio de un domingo cualquiera.

Al fondo está el féretro que envuelve su cuerpo. Jamás me ha gustado acercarme a esas cajas que simbolizan la eterna derrota de la vida. Ella ya no siente nada, mientras yo me derrumbo pensando que finalmente estoy en medio de mi pesadilla. Ella ha muerto, y yo, otra vez, quedo huérfana, sin una madre.



**Reflejo perdido**  
*por Ninoska Carolina Guzmán Ortiz*

*Diamantes pasean por lo alto,  
despiertas entre brillos plateados.*

Vuelves al sótano, recorres el olor a podrido y encuentras un ovillo de lana ensangrentado. Detrás de una gran tela hay un espejo; a través de este, la habitación luce más limpia, parece nueva.

Subes gritando por las escaleras que dan al patio. Te lanzas desnudo al lago. De vuelta a casa, comentas a tu abuela sobre el hallazgo del espejo. Te acompaña al sótano, al espejo; no pasa nada, todo se ve normal.

\* \* \*

*Mi mamá también veía cosas en el espejo.*

\* \* \*

La madre de la abuela tendía a encerrarse por largas horas en la habitación. Llegó al punto en el que solo dormía y comía allí. Olvidó su nombre, el de sus familiares, la casa, el tiempo.

La vieron por última vez en su cumpleaños; tenía una semana de no quedarse a dormir en esa extraña habitación.

Cayó de las escaleras. Su padre tomó la decisión de llevarla a casa de los primos y, según él, allí falleció.

\* \* \*

*No estuve tan seguro de esa información. Acordé regresar al día siguiente.*

\* \* \*

La tarde ardía en el cielo, nadie estaba en casa y decidí ir al sótano. Bajé las escaleras, abrí la puerta, y vi un ovillo de lana manchado de sangre, tenía pequeños restos de piel pegados en él. Sentí asco, me horroricé al observar el espejo, la habitación lucía nueva, incluso había muebles que no estaban a mi lado. Meforcé a pensar que se trataba del efecto de sugestión que la historia de la abuela me había provocado. Froté mis ojos. Sobre un antiguo sofá se veían almohadas con hermosos forros tejidos; al otro lado, solo había almohadas descubiertas y llenas de polvo. Vi floreros con plantas naturales, vivas, colocadas en el pequeño estante de madera; en mi habitación solo estaba un florero con algunas rajaduras.

En sueños, veía a niños cortarse la piel de los brazos usando navajas, la piel sangraba y caía sobre una alfombra de lana. Me acercaba, la visión era borrosa. Solo veía ovillos de lana ensangrentados. Tenía que volver al sótano.

Mientras todos dormían, escuché un grito que se hizo más fuerte. Seguí el sonido que provenía del sótano. Tras la puerta, las imágenes de los niños cortándose volvieron, sacudí mi cabeza para olvidar. El espejo estaba descubierto, su



marco dorado brillaba con intensidad. Me acerqué al vidrio, al fondo. La silueta de una mujer sentada en el sofá. Brinqué del susto y casi caigo. Un viento caliente rodeaba el espejo, mis dedos se acercaban al marco como si tuvieran voluntad propia. Al abrir mis ojos, estaba en ese nuevo mundo. Una señora tejía ovillos de lana. La reconocí, era mi bisabuela.

\* \* \*

*¿Cómo me encontraste?*

\* \* \*

—Escuché unos gritos. ¿Eran los tuyos? —pregunté.

Ella respondió que sí. Al acercarse al espejo, su mano de nuevo empezó a sangrar y gritó.

\* \* \*

*Ya estoy cansada de estar aquí.*

\* \* \*

Le pregunté si el abuelo sabía dónde estaba ella. Dijo que sí. El día que cayó de las escaleras, destapó el espejo y vio todos los colores de lana que le encantaban, no pudo evitar entrar en el espejo. El abuelo bajó tras ella, pero ya era tarde.

Intentó salir, pero sangraba al acercar su mano al espejo. El dolor era insoportable, como si la carne misma fuese atravesada por agujas. El abuelo inventó la historia de que esa mañana se la llevó a la casa de sus primos. Como era

muy reservado con su familia y no le gustaban los interrogatorios, nadie se atrevió a hacer preguntas.

Me miró y nos abrazamos. Sujeté sus manos y volvimos a la habitación. Vi su imagen desaparecer frente a mí, después el espejo se destrozó.

Recuerdo sus manos siempre que subo las escaleras.

**Siempre en el medio**  
*por Isabel Basurco Mamani*

Debí esperar a que pasaran treinta y ocho años y mi cuerpo empezara a colapsar. El diagnóstico dado no era para nada alentador, y mi única esperanza para encontrar una cura a mis dolores, mis tumores y detener el río rojo lleno de madejas de nervios y de fango rojo que se desprendían de mi útero se había reducido a responder una simple pregunta: ¿por qué odias a tu madre y a tu padre?

¿Por qué?

Porque desde que tuve uso de razón siempre estaba en el medio.

Porque cuando intentaba acercarme a ellos, la frialdad de sus cuerpos y su frágil textura hacían que me resbalara sin poder sostenerme ni sentirme segura.

Porque parecía que solo era un estorbo que había llegado a sus vidas para ser el fruto de un matrimonio «feliz».

Porque sus miradas vacías y sus retinas de barro no les permitían ver cómo ese pequeño fruto solo buscaba sentirse amada y vista.

Porque ninguno pudo ver cómo fui arrastrada, manoseada y golpeada.

Porque al intentar complacer a uno terminaba molestando al otro, y solo me quedó aferrarme a un trozo de madera para no caer en la más profunda oscuridad.

Creo que el médico no esperaba todas esas respuestas o tal vez sí. Quizás él ya había tenido un caso como el mío. Me inquietaba conocer su opinión sobre mis respuestas, pero en lo más profundo de mí ser esperaba por primera vez no sentirme juzgada y que me dijera:

—¡Hay esperanzas! Te puedes curar.

Han pasado diez años, el río de sangre se detuvo para siempre, las madejas de nervios y fango rojo desaparecieron como se esfumó también la posibilidad de dar frutos. Entendí que mis tumores provenían de mis temores más profundos y que llegaron a mi vida para despertarme, para que tomase conciencia de que me estaba pareciendo cada día más a quienes decía tanto odiar.

**Atisbos de una ausencia**  
*por Emilia Chávez Santos*

Veo por el ojo de la puerta el llanto de mi madre hacerse un cuerpo de sal paquidermo, un cuerpo diminuto, una sombra de agua que la abraza como quien le hace el amor, uno dos tres cuatro cinco seis, solo seis segundos la ama y desaparece vertiéndose en la boca profunda de la tierra. Quién o qué es ese cuerpo sin voz que le susurra «corre... corre... corre el camino y después vuela». Y ella vuela, sostenida de los hilos de una araña que la observa desde un trono de nube en el cielo. Alegre y acongojada vuela sin mí mientras palpo mi cuerpo ausente desde la cama. ¿Dónde estoy? ¿Seré, acaso, los seis segundos, la araña, la ausencia que causa el llanto, la sombra de agua que la consuela?



## **Alimento para cerdos** *por Rosa Salazar*

Los gritos de las mujeres al ver sus humildes hogares arrasados por el lodo, la rabia e impotencia de los hombres, el llanto desesperado de los niños; la histeria colectiva se detuvo de un momento a otro cuando Juan pidió ayuda. «¡Se lo lleva! ¡El río se lleva a mi cerdo también!», gritaba el hombre desesperado y cubierto de barro de la cabeza a los pies. La escena paralizó a todos, no era solo un cerdo a punto de caer al río, el momento, la situación en sí misma, era la representación del sentimiento que todos ahí atravesaban; la poderosa y despiadada naturaleza, arrebatándoles la nada, lo poco y, al mismo tiempo, todo lo que tenían.

Todos corrieron hacia el lugar. Un cerdo de aproximadamente ciento setenta kilos colgaba del borde del río. Ese río cargado de lodo, que acababa de arrastrar las pequeñas viviendas construidas de manera precaria en sus orillas. Ese río que se acababa de llevar lo único que habían conseguido durante años en medio de las pocas oportunidades que la vida les daba, el mismo que había arrasado con el único techo que los cubría cada noche y que era testigo de la desesperanza y el hambre que cada día sentían, pero que finalmente se trataba de ese techo, el único que les podía dar protección.

Hombres, mujeres y niños, a toda prisa, acudieron a dar su ayuda al sujeto desesperado por su cerdo. Juntos hacían el

esfuerzo por salvar lo único que le quedaba. Con sus manos empuñaban y jalaban con desesperación lo que físicamente representaba una esperanza para uno de ellos. Una vez puesto a salvo el cerdo, ya en tierra firme, el animal corrió desesperado, alejándose de todos, mientras los salvadores se derrumbaron en la orilla, agobiados por el cansancio extremo. Minutos más tarde dieron con la escalofriante escena: el animal había devorado los cuerpos del alcalde y de un periodista. Estos, una hora antes, habían quedado heridos por un enfrentamiento con los pobladores, luego de haberse acercado a increparles la ignorancia y falta de tino que tuvieron al no irse a vivir a otro lado, sabiendo el problema que generaban a la municipalidad, el mal aspecto que le daban a la ciudad y el peligro que corrían por vivir allí.

Todos quedaron pasmados ante la macabra escena. «Si ellos, y lo que representan, se alimentaron de nuestra ignorancia y pobreza todos estos años, que el cerdo se haya alimentado ahora de ellos no está mal», gritó un vagabundo que se había mantenido como espectador de todo lo que ese día aconteció.



## Oportunidad *por Lupe Jara*

La mitad de mí se la llevó el mal que ha secuestrado mi cuerpo. Primero fue el seno izquierdo. Tú me decías que era apetitoso como una copa de Martini. Yo cubrí el vacío con un parche pirata de seda dorada, bajo el cual posabas tu oreja para sentir mis latidos más cerca. Desde entonces, el palpitar de mi corazón te arrullaba como a un bebé y podías —por fin— huir del insomnio. Por un tiempo me creí a salvo. Pronto el mal volvió a despertar más hambriento de carne que antes. Con tus manos de cirujano cortaste mi pie derecho. Ya no puedo moverme sin tu ayuda. Pero tengo un plan. Ahora que sales confiado de la casa, me deslizo hacia el suelo, me arrastro hasta la cocina, cojo la escoba como muleta y encuentro el bisturí, que aún tiene mi sangre. Entonces, regreso a la cama a esperarte.



**Ad infinitum**  
*por Denise Armitano Cárdenas*

Otro crimen pasional, había que llamarlo así. En este nuevo caso, la homicida había sido una mujer en sus treinta. Acababa de recibir «el anillo» ensartado en una rosa miniatura dentro de una copa de champaña. La ostentosa joya sellaba su compromiso con el cincuentón acaudalado sobre quien se abalanzó para enterrarle en el ojo el tenedor de los *escargots* bañados en salsa de mantequilla y finas hierbas. Acto seguido, con una brutalidad inusual y desproporcionada fuerza para su delicada contextura, la joven rubia estrelló la cara de su novio contra el plato con el logo del Palace Hotel, maculando el mantel, composición atroz reflejada en los espejos del techo del elegante salón.

«Crimen pasional», repetían los funcionarios policiales y forenses, acompañando su coro con vanas y disparatadas conjeturas: «Toca verificar si la piedra era legítima, tal vez era un zircón. O el tercio tenía otra y ella lo descubrió, esas chamas son así... cuando vienen de abajo traen codicia y violencia». Pero Mario Valencia sabía que todo lo que estaba en la superficie no era, y que este homicidio, si bien resultaba ser el resultado del descontrol de las pasiones, no obedecía a ninguna de esas causas, mucho menos a prejuicios sexistas y clasistas gratuitos. «Hay algo más, hasta ahora invisible, indetectable», pensaba, mientras contemplaba la escena: niños llorando,

mujeres vomitando, unos gritaban, otros permanecían inmóviles y con expresión de asombro en el rostro, congelados en una lividez cadavérica. Poco a poco iban desalojando a los comensales, algunos se llevaban consigo las botellas que habían ordenado o tomaban las que otros habían dejado en las mesas. Podían haberles arruinado la cena, pero había que diluir tan espantosa sensación y desagradable recuerdo en finos licores.

Tras cometer el crimen, la mujer, que había alcanzado a cortarse la garganta, cayó sobre su espalda y yacía en desestructurada anatomía, ahogada en su sangre, con los ojos abiertos y ausentes como los de la belleza que había sido en vida. Sus palmas abiertas quedaron orientadas hacia el mundo, dispuestas a pedir o recibir respuestas. Mario había podido acercarse y le pareció que, aunque descoloridas, tenían rosetones inusuales. Preguntó si la habían visto llegar. Ya estaban ubicando al chofer de la línea de taxis. «Lucía radiante», dijo alguno. «Una muñeca, perfumada y en tacones, apuradita, un poco nerviosa». «Un poco nerviosa», repitió la señora del baño. «Vino tres veces, a lavarse las manos. Tenía su propio jabón en la cartera, uno pequeñito y oloroso a rosas y a incienso. No quiso secarse con la toalla que le di. Agitaba las manos como una pandereta; “mío-para-siempre-mío, mía-para-siempre-mía”, repetía como si fuera un conjuro, luego se soplaba las manos para secarlas. Las tres veces repitió eso que parecía un ritual, y la última vez se frotó con fuerza el dedo anular de la mano izquierda o derecha o de ambas, mientras se miraba al espejo sonreída. Sin embargo, parecía muy ansiosa, incluso eufórica, tanto que llegué a pensar que, en esa carterita de marca, además del pequeño jabón, también tenía una de esas cosas

que toma la gente para sentirse mejor... y fíjese usted lo que pasó».

Mientras Mario procesaba aquella información condensada en el relato tan detalladamente narrado por la señora del baño (que no quiso decir su nombre), Jiménez, más ocioso que hacendoso, en lugar de recabar datos adicionales de la escena del crimen, lo retrató con el celular y le mandó la imagen con la canción «Fina estampa» interpretada por Nati Mistral. Mario sospechaba que Jiménez era susceptible de tener cierto complejo de Edipo no resuelto, aunque desconocía las causas. Según entendía, el padre del joven investigador, que había estado involucrado en fraudes y otros asuntos turbios, vivía en una colonia Hare Krishna y eso no se asemejaba en nada a él.

Al ver en detalle el retrato, entendió que, así como su reflejo se reproducía *ad infinitum* en el gran espejo bajo la moldura de la pared, era muy probable que los veinte crímenes pasionales ocurridos en la ciudad en menos de dos meses estuvieran concatenados. Entonces Mario pensó que tal vez Jiménez era menos lerdo de lo que todos creían y que cierta intuición que el joven aún no dominaba, por no estar consciente de ella, lo ayudaría a resolver este intrincado enigma.



## Demasiado humus de lombriz *por Marisa Mena*

Esta mañana, como cada martes de cada mes a primerísima hora, Lola se acerca a la jardinera del ventanal para rociar sus plantas con el humus de lombriz que le recomendó Aarón, el amigo de su hijo. Rocía las que viven afuera y después, una por una, las que crecen en el interior: la alocasia, la sábila y la bromelia, la calita blanca y el orégano orejón... ¡Con qué gusto reciben las gotitas de fertilizante en el frescor de la mañana! La zamioculca, la oxalis, la calathea, el cactus de Navidad y el de todo el año. Lola va hasta la cocina para llenar de agua la regadera. Con el recipiente hasta arriba, emprende el regreso hacia el balcón para humedecer el sustrato recién fertilizado. Pero ¿qué balcón?, ¿qué ventanal?, ¡¿qué jardinera?! Una selva de verdes inmensos, de raíces indomables que se mueven con gestos sinuosos y salvajes se desmadra ante sus ojos. Lo que ella poda y cuida con esmero entre los límites de sus macetas es ahora una maraña que no para de crecer vertiginosamente y amenaza con no parar de hacerlo. Enormes las hojas, enormes los tallos y las flores, gigantes las ramas, los bulbos... Lola entra en pánico, tira la regadera, mientras del charco que el agua derramada ha formado en sus pies brotan raíces que se enredan en una suerte de prolijo nido de pájaros. Aterrada en su pequeñez, acosada por esa inmensidad vegetal que quiere tragársela con todo y espacio, grita, llora, pide auxilio sin que

de su boca logren emitirse sonidos. Sus zapatillas de casa quedan fijas con la fuerza de las raíces que trepan alrededor de las columnas en que se han convertido sus piernas, bordeando su abdomen y su torso. Oprimen su pecho, atenazan su garganta y enceguecen sus ojos hasta confundirse con las hebras de su pelo y taparle finalmente la cabeza.

Silencio. Quietud.

Sobre su humana vegetalidad reina ahora una especie nunca antes vista. La flor de no ser más.



*Ellas escriben*  
*(exploran, imaginan, se atreven). Muestrario 2023*  
se publicó en diciembre de 2023 por encargo de la  
Gerencia Comunicaciones y Relaciones Institucionales  
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

En esta edición del taller, ochenta y tres mujeres fueron inscritas en el laboratorio, todas ellas radicadas en diversos puntos del país y también tuvimos una fantástica participación desde el extranjero. Todas tuvieron oportunidad de compartir ocho horas divididas en cuatro sesiones durante un mes. En cada sesión compartí consignas, ejercicios, impulsos creativos creados con el objetivo de incentivar a cada participante a leer y escribir. Durante marzo, pudieron leerse mutuamente, conocerse mediante sus textos en un espacio privado virtual, aprovechando las posibilidades que nos brinda esta nueva realidad y sus múltiples plataformas. **(Kathy Serrano)**

